

noticia de que los alzados divulgaban en los pueblos donde entraban que Fernando, aburrido de las contrariedades y tribulaciones con que luchara desde niño, iba abdicar la corona en su hermano. De aquí á la proclamación de don Carlos no mediaba más que un paso, y el Monarca, para atajar el mal, anunció en un decreto «que, queriendo examinar por sí mismo las causas que habían producido las inquietudes del principado de Cataluña, y persuadido de que su real clemencia contribuiría poderosamente al restablecimiento de la paz en aquella provincia, había resuelto pasar á la plaza de Tarragona». Calomarde, que debía acompañarle, lo mismo que el conde de España y otros miembros del partido apostólico, habían visto con gusto la rebelión y hasta la favorecieron; pero, percatados de la severidad con que era juzgada en Francia y en otras naciones, y no determinándose á ponerse de un modo ostensible enfrente del Rey, acordaron ahogar el levantamiento, aunque sin destruir el partido y sacrificando á los instrumentos que podían comprometerles.

La presencia del monarca llenó de temor á los sublevados é hirió de muerte á la insurrección. El ejército recorrió el país sin encontrar resistencia en ninguna parte; el conde de España entró en Manresa, en Cardona y en Vich; mudóse la guarnición de algunas plazas fuertes, y el principal jefe de los sublevados, Bussone, conocido por *Jep dels Estanyes*, después de vagar algún tiempo por las montañas de Berga, se acogió á territorio francés, librándose así de las columnas, que lo perseguían con viva ansia de capturarlo, por existir gran interés en apoderarse de su persona y de los papeles que guardaba. Con la fuga de dicho cabecilla, pudo darse por vencida la protesta armada. El fracaso de esta conjura sosegó por el pronto las desatadas pasiones; pero, con el fallecimiento de la reina Amalia, acaecido el diez y siete de Mayo de mil ochocientos veintinueve, cobró nueva vida y animación la política, porque á poco se empezó á susurrar que el Rey pensaba casarse otra vez. La noticia sobresaltó á los apostólicos, que ya contaban con que Fernando no tendría sucesión, y como por sus achaques y excesos no se esperaba que viviese mucho, veían ya asegurado su triunfo en la persona de don Carlos, creciendo la irritación de los partidos de éste al saber que, por sugerencias de doña Luisa Carlota, mujer del infante don Francisco, y de Calomarde, á quien los realistas puros habían jurado odio á muerte á causa de su conducta en los sucesos de Cataluña, Fernando VII estaba resuelto á desposar á doña María Cristina de Borbón, princesa de Nápoles y hermana menor de doña Luisa. «Sea, dice un historiador, por las inclinaciones políticas que alguna vez mostrara doña María Cristina, sea obedeciendo á secreto instinto, el partido realista se opuso tenazmente á este enlace, que, á pesar de sus esfuerzos, se verificó el nueve de Diciembre en Aranjuez.

Otro golpe, aun más rudo, sufrieron los apostólicos con la preñez de la reina. Todavía, empero, les quedaba la esperanza de que naciese una niña. Mas para arrebátarsela

y asegurar el trono á su vástago, fuese uno ú otro su sexo, Fernando VII, cediendo á los amantes ruegos de su esposa, que pudo superar, secundada por Calomarde, la influencia del infante don Carlos y sus parciales, publicó la pragmática dada en mil setecientos ochenta y nueve á petición de las Cortes por Carlos IV, con el encargo de tenerla secreta á fin de no disgustar á los Borbones de Francia, en que se derogaba el auto acordado de Felipe V, que estableció, por imposición de la voluntad del Rey y con el consentimiento casi forzado de las Cortes y del Consejo de Castilla, el principio agnaticio en la sucesión de la corona: reforma mal recibida en nuestra patria, como contraria al derecho tradicional sancionado por el código de las Partidas. La publicación de la pragmática de Carlos IV debía ser la causa ocasional del derrocamiento del régimen absoluto en España.

Metternich estaba de pésame. A las muchas grietas abiertas ya en el edificio político que levantara con tanto trabajo, iban pronto á agregarse otras más anchas y profundas. Hasta la supremacía austriaca en Alemania empezaba á relajarse, bajo el impulso de la hábil política seguida en Prusia desde hacía algunos años. Esta última potencia, en efecto, realizaba silenciosamente una evolución, que debía permitirle colocarse, respecto de Austria, en actitud primero independiente y después hostil. Muerto Hardemberg, que en el postrer período de su vida se plegara con docilidad completa á las exigencias del canciller austriaco, los ministros que le sucedieron adoptaron la táctica de no oponerse á las medidas reaccionarias que Austria propusiera en Alemania, y aun beneficiarse con ellas en ciertos casos, pero dejando siempre que la corte de Viena tomara la iniciativa, para poder, cuando llegase la ocasión, hacerle cargar con toda la responsabilidad de las mismas. «Es preciso, se lee en una memoria secreta escrita en mil ochocientos veintidós, probablemente por Eichhorn, abandonar en todas las circunstancias á Austria el ejercicio de la iniciativa, que ella, por otra parte, se arroga de un modo sistemático. La política invariable de los Estados medianos y pequeños autoriza á pensar, sin temor de equivocarse, que sus celos se dirigirán siempre contra la potencia que reclame la supremacía, y el único medio de restablecer la influencia prusiana en Alemania está, tal vez, en desviar esos celos de Prusia. Esta puede adoptar un papel pasivo y hacer ver, en determinadas circunstancias, que va á remolque de la política austriaca... Cuanto mayor sea esa apariencia de pasividad, tanto más fácil le será atraerse la voluntad de la mayoría de los Estados de la Confederación cuando, por cesar la alianza entre Austria y Prusia, tenga término también la presión que el peso reunido de ambos ejerce sobre Alemania... Conviene á Prusia adquirir influencia general en Alemania, á título de potencia propiamente germánica y que representa á Alemania en realidad... Debe presentarse como una monarquía opuesta á las formas populares, pero regulando su gobierno según los principios más liberales, favoreciendo siempre y en todas partes la inteligencia y las luces, poseyen-

do la administración más fuerte, más activa, más ilustrada, abriendo, en fin, al talento la carrera donde mejor pueda brillar». Los alemanes fueron cayendo en el lazo tan diestramente tendido. La corte de Berlín comenzó á parecerles liberal, comparándola con la de Viena. Admiraron la regularidad perfecta de la administración prusiana, así como la prosperidad material que disfrutaba el país bajo el régimen tutelar de Federico Guillermo III, y volvieron de nuevo sus ojos hacia la potencia esencialmente protestante y germánica, interesada en procurarles el beneficio inestimable de la unidad nacional y capaz de defenderlos. La unidad alemana estaba muy lejos aún, mas era posible ir preparando por medio de la unión aduanera y mercantil prometida en el acta federal de mil ochocientos quince, y esta fué la obra acometida por Prusia. La *Asociación alemana del comercio y de la industria*, fundada en mil ochocientos diez y nueve bajo los auspicios del célebre economista Federico List, había tomado con calor la idea de dicha unión, y si bien sus peticiones fueron acogidas con indiferencia en Carlsbad y en Viena (mil ochocientos diez y nueve y mil ochocientos veinte), despertaron en Alemania una agitación nacional, del que fueron los primeros síntomas los congresos mercantiles de Darmstadt (mil ochocientos veinte), Gotha (mil ochocientos veintiuno), Rastadt (mil ochocientos veintitres) y Stutgard (mil ochocientos veinticinco). Apenas tuvieron eco estas manifestaciones en la Dieta de Francfort; pero motivaron negociaciones entre Wurtemberg y Baviera y llamaron la atención de Prusia, estimulándola á obrar. Ya, por su parte, el gobierno de Federico Guillermo había dado el ejemplo entrando, antes que ningún otro país, en el camino del libre cambio. El veintiséis de Mayo de mil ochocientos diez y ocho, efectivamente, había sorprendido á Europa con una ley de aduanas, redactada por el director de contribuciones, Massen, discípulo de Adam Smith, en la que se autorizaba la entrada en el reino y su tránsito por él de todos los productos naturales é industriales extranjeros, con excepción de la sal y los naipes; se declaraba libres de derechos, en su mayoría, las primeras materias, y se fijaba á los géneros elaborados un derecho módico, que no excedía del diez por ciento de su valor, y á los ultramarinos el veinte por ciento como máximo. Siendo prohibicionistas todos los pueblos vecinos, se necesitaba mucho valor para abrir las fronteras nacionales á los artículos del mundo entero: la empresa, sin embargo, se vió coronada de un éxito prodigioso, cesando al poco tiempo las quejas de los pocos perjudicados, al advertirse los resultados generales obtenidos. La producción, el consumo, el tráfico, aumentaron rápidamente, y en la misma proporción crecieron los rendimientos del Tesoro. Gracias á esa ley de mil ochocientos diez y ocho á otra publicada en mil ochocientos diez y nueve, fijando el impuesto sobre el vino, el aguardiente, la cerveza y el tabaco producidos en Prusia, y á la de treinta de Mayo de mil ochocientos veinte, completando el nuevo sistema tributario, pudo salir Prusia del terrible estado de pobreza en que la hundieron las guerras napoleónicas. Refiriéndose á las innovaciones económicas y

fiscales introducidas en Prusia, se decía en una petición á la ciudad de Londres, presentada al Parlamento en mil ochocientos veinte: «Que una política basada sobre tales principios haría que el comercio del mundo fuese un cambio de ventajas mutuas, y difundiría un aumento de riqueza y de bienestar entre los habitantes de todos los Estados interesados».

La ley de mil ochocientos diez y ocho sirvió á Prusia de punto de partida para intentar la unión aduanera y comercial de Alemania. No tenía, por otro lado, más remedio que observar una política mercantil asimiladora. «Nunca la malignidad diplomática, dice Glathe, ha resultado más miope y más en perjuicio de sus autores que al fijar, en el Congreso de Viena, al territorio prusiano fronteras tan artificiales, dilatadas é inconexas. Creyeron aquellos diplomáticos haber condenado á Prusia á debilidad perdurable, cuando realmente no lograron sino enseñarle el camino para encontrar la condición esencial de su futuro poderío; porque todos los esfuerzos que necesitó hacer el gobierno prusiano, á fin de mantener su unidad y vitalidad, fueron otros tantos pasos en las vías de la unificación de sus elementos dispersos y, por ende, de Alemania». El gobierno de Berlín comprendió que no era factible pensar por entonces en una unión mercantil y económica de carácter general, y en su consecuencia, se propuso conseguirla mediante convenios parciales celebrados con los Estados limítrofes, como Guillermo Humboldt indicara ya en mil ochocientos diez y seis. Había pequeños Estados que tenían enclavados sus territorios en el de Prusia, y á ellos se dirigió en primer término esta potencia. Al principio no los encontró muy propicios, mas ante la actitud decidida del gobierno prusiano, que amenazaba reducirlos á una especie de mediatización económica, hubieron de resignarse; y antes que ninguno, el príncipe de Schwarzburgo-Sondershausen, y sucesivamente los soberanos de Bernburgo, Rudolstadt, Delmold, Weimar, Gotha, Schwerin y Koethen, firmaron los tratados que Prusia les proponía. Los progresos, con todo, eran lentos, y el gobierno de Berlín tampoco se daba mucha prisa. Mas empezaron á verificarse á la larga trabajos de concentración en otras partes. Baviera, como queda indicado, se aproximó á Wurtemberg y Hanóver, al Hesse-Cassel y la Thuringia. Estos ensayos incompletos facilitaban la obra de Prusia; no obstante, si esta potencia no quería abandonar en ajenas manos la dirección del movimiento, urgíale demostrar mayor actividad. Penetrado de ello, el ministro de Hacienda, Motz, triunfó de los escrúpulos de sus colegas, y el catorce de Febrero de mil ochocientos veintiocho, firmó con el Hesse-Darmstadt un tratado de aduanas, que fué el tipo de los ulteriores. Por este convenio, que debía durar seis años, el Hesse aceptaba las tarifas prusianas, y la renta de aduanas debía repartirse entre los dos Estados á prorrata del número de sus habitantes; cada gobierno conservaba la administración de sus aduanas, y los aranceles no podían modificarse sino de común acuerdo. Las condiciones eran equitativas, porque Motz no se había propuesto favorecer á su patria, sino ofrecer un

cebo á los demás Estados para atraerlos á las miras de Prusia. En breve, numerosas adhesiones acreditaron la sagacidad de sus cálculos. Tales fueron los orígenes del *Zollverein*, ó unión aduanera alemana, de que había de derivarse la unidad política en mil ochocientos setenta.

Al comenzar el año mil ochocientos treinta, y aun antes, es un hecho consumado la disolución de la Santa Alianza. De las cinco grandes potencias que, á instancias de Alejandro de Rusia, juraran vivir fraternalmente unidas, sólo dos, Francia y el imperio moscovita, marchan acordes. Hay oposición de aspiraciones ó intereses entre cada una de ellas ó Inglaterra y Austria, y Prusia zapa el terreno á esta última, más aislada cada día. Metternich, el pontífice de la reacción, que había pretendido condenar á Europa á inmovilidad perpetua, ve menguar rápidamente su influencia y su crédito. El equilibrio material, fundado en los tratados de mil ochocientos quince, carece de estabilidad, y el moraja á ser transformado por completo. El sentimiento de libertad, comprimido con tanto rigor de mil ochocientos veinte á mil ochocientos veintitrés, renace fuerte y vigoroso y se apercebe á tomar el desquite. El ejemplo de Grecia anima á los demás pueblos. Mientras, según acabamos de exponer, en Portugal riñen cruda batalla el absolutismo y el liberalismo y en España están á punto de empeñarla, Alemania adquiere conciencia de sus intereses y de su fuerza; Italia conspira; Bélgica se extremece; Polonia se prepara á reivindicar sus derechos, y en Francia se sienten ya las trepidaciones del suelo que harán volar en astillas el trono de Carlos X. Otro fenómeno muy significativo es el que se presenta en Inglaterra, donde el espíritu de reforma, luego de agitar la opinión, trabajada por hombres eminentes, y de obtener señalados triunfos en los terrenos económico, social, jurídico y político, pugna con fuerza incontrastable por destruir los viejos moldes del sistema electoral, *palladium* de las clases privilegiadas. La importancia de este movimiento regenerador, que empieza poco después de terminarse las guerras napoleónicas, nos mueve á consagrarle las restantes páginas de este capítulo.

Ningún gobierno combatió la revolución francesa con tanto empeño y fortuna como el inglés; pero ni las olas, ni la vigilancia y tesón del partido tory, lograron impedir que, de la otra orilla del canal de la Mancha y del otro lado del Atlántico, llegaran vientos saturados de gérmenes democráticos, que prendieron en el edificio político social, tan sólidamente trabado, de la vieja Inglaterra, sin producir, empero, las convulsiones que en otros países; porque allí, las instituciones más flexibles, junto á la práctica y buen sentido políticos del pueblo, no sólo soportaron sin peligro notable la aclimatación de las nuevas doctrinas, sino que sacaron de ellas rica savia para la existencia y vitalidad de la nación. Las dificultades surgieron primeramente en la esfera económica. Las últimas guerras habían aumentado considerablemente la deuda pública, que subió de doscientos treinta y siete millones de libras esterlinas (mil setecientos noventa y uno) á ochocientos

sesenta y uno (mil ochocientos quince), y fomentado la exportación de los productos ingleses en Europa, lo que redundó en ventaja de los rentistas y de los industriales, al paso que hicieron bajar los salarios y elevarse el precio del trigo; y como, al mismo tiempo, la aparición de las explotaciones industriales en escala hasta entonces desconocida llevó numerosísimo contingente al ejército de los obreros, la barrera que separaba á los ricos de los pobres fué más alta que nunca. Ajustada la paz, empeoró la situación: la cosecha de mil ochocientos diez y seis se perdió casi del todo; los cereales se encarecieron todavía más; la agricultura desfalleció, y la crisis se extendió á la industria, á causa de disminuir en proporción extraordinaria los pedidos que se recibían del extranjero, con motivo de prohibirles la entrada ó gravarlos con crecidos derechos de aduanas los gobiernos del Continente, que, libres de los cuidados y necesidades de la guerra, se dedicaban á proteger las renacientes industrias nacionales. Los fabricantes, para indemnizarse, redujeron los salarios al *minimum*, y los obreros, hambrientos, cayeron casi en la condición de miserables esclavos. No les estaba permitido, sin incurrir en castigos severos, intentar concertarse para pedir aumento de jornal, ó solicitar, siquiera, que se les dejase dormir lo necesario; y en las grandes poblaciones, los padres pobres mandaban á sus hijos por millares á las fábricas, y aún á las minas, donde se veía á infelices criaturas de menos de nueve años tirando de carretones cargados de carbón.

Estas y otras monstruosidades, el aumento constante de la tributación, que pesaba principalmente sobre las clases menesterosas, y los abusos del poder, indignaron á las almas nobles. Hone interpretó el sentimiento de protesta en sus sátiras; Hunt, en sus discursos populares; Colbett, en sus hojas periódicas. Este último escribió al ministro: «La guerra que ha restaurado el trono de los Borbones y restablecido la Inquisición, ha sumido á nuestro país en un estado de miseria que no tiene semejante en la historia de la civilización.» A los labradores les decía: «A pesar de la infatuación de la alcurnia, de la riqueza, de los títulos universitarios, la fuerza real de una nación está en el trabajo de su pueblo. No se conseguirá aligerar las cargas que hoy pesan sobre el trabajo sino con una reforma parlamentaria.» El partido whig se hizo eco de los justos clamores de la muchedumbre de desheredados, y Brougham, el célebre orador, pronunció estas frases: «Se observa la misma angustia en toda la extensión del territorio nacional. Los cambios operados en el mundo entero perjudican al comercio de Inglaterra. No hay una sola clase del pueblo que no tenga que quejarse de la violación de algunos de sus derechos constitucionales.» En estas últimas palabras aludía á serios trastornos, que determinaron la adopción de medidas sumamente graves. En Londres estalló un motín, que fué pronto reprimido; pero se multiplicaron las sociedades secretas. En Manchester se organizó una expedición de peticionarios, á quienes se detuvo antes de llegar á la capital; y en el condado de Nottingham se libró un pequeño combate. El ministerio, alarmado,